



VI

HACÍA quince días que Pedro estaba en Roma y el asunto para el cual había ido allí, la defensa de su libro, no adelantaba nada. Dominábale aun el ardiente deseo de ver al papa, sin prever ni como ni cuando lo satisfaría, en medio de continuos retrasos y con el miedo que monseñor Nani le había inspirado al aconsejarle que no diese ningún paso imprudente. Comprendiendo que su permanencia se podía prolongar indefinidamente, se decidió á ir á que visasen sus licencias de celebrar en el Vicariato, y todas las mañanas decía su misa en Santa Brígida, en la iglesia de la plaza de Farnesio, en donde fué objeto de una benévola acogida por parte del abate Pisoni, antiguo confesor de Benedetta.

Aquel lunes decidió bajar muy temprano á la recepción íntima de *donna* Serafina, con la esperanza de adquirir alguna noticia y de apresurar su asunto. Tal

vez monseñor Nani se hallaría allí ó bien tendría la suerte de encontrar algún cardenal ó prelado que le ayudasen. En vano había tratado de utilizar á *don* Vigilio ó al menos de conseguir que le diese algunas noticias ciertas. Como dominado por el miedo y la desconfianza, después de haberse mostrado muy servicial, el secretario del cardenal Boccanera parecía querer evitar su encuentro, ó se ocultaba decidido á no tomar parte en una aventura seguramente poco clara y peligrosa. Aparte de esto, desde la antevíspera, era víctima de un tremendo acceso de calentura que le obligaba á permanecer en su cuarto.

Y no quedaba, para alentar y animar á Pedro, más que Victorina Bosquet, la antigua camarera ascendida al rango de ama de gobierno, la beaucerona, que conservaba su corazón francés á pesar de llevar viviendo treinta años en esa Roma que no conocía; le hablaba de Auneau, como si lo hubiese abandonado la víspera; pero aquel día no conservaba nada de su alegría vivaracha, de su acostumbrada viveza y cuando se enteró de que Pedro pensaba bajar por la noche á saludar á sus amas, meneó la cabeza.

—¡Ah! Dudo mucho de que las encontreis muy satisfechas... Mi pobre Benedetta tiene grandes penas; parece que su pleito de divorcio no va muy bien.

Todo Roma hablaba de aquel asunto y era un retreño de hablillas que emocionaban á la sociedad negra y á la blanca; por esto Victorina no tenía que andarse con inútiles discreciones, sobre todo, tratándose de un compatriota. En respuesta al escrito presentado por el abogado consistorial Morano, que, apoyándose en testimonios y en pruebas escritas, demostraba que

el matrimonio no se había podido consumar á consecuencia de la impotencia del marido, monseñor Palma, teólogo, nombrado por la Congregación del Concilio como defensor del matrimonio, acababa de presentar á su vez un escrito tremendo de réplica. Desde luego ponía en duda el estado de virginidad de la demandante, discutiendo los términos científicos del certificado de las dos comadronas, y exigía un reconocimiento más concienzudo practicado por dos médicos, formalidad ante la que retrocedió el pudor de Benedetta. En apoyo de su tesis, citaba casos fisiológicos perfectamente comprobados en que se probaba que había habido jóvenes que tuvieron comercio con hombres, sin que por eso apareciesen desfloradas. Sacaba un gran partido del escrito presentado por el conde Prada, el que, con mucha sinceridad, vacilaba antes de declarar si el casamiento se había consumado ó no de tal manera se resistió la condesa; desde luego él imaginó que el acto se había llevado á cabo hasta el fin, y en sus condiciones normales; pero, después de meditarlo, no se atrevía á afirmarlo y llegaba á admitir que, cediendo á la violencia de su deseo, había podido ilusionarse con una posesión incompleta. Y monseñor Palma, hacía hincapié en esa duda, la agravaba con cuantos sùtiles argumentos permitía tan delicada materia y llegaba hasta el extremo de volver contra la esposa violentada la declaración de una doncella, presentada como testigo por la condesa, y que había oído el ruido de la lucha, y afirmaba que su señor y su señora, á consecuencia de lo ocurrido esa primera noche, habían dispuesto después siempre cama aparte. Enseguida el argumento decisivo del escrito era, que aún cuando la demandante presentaba una prueba completa de su virginidad, no por eso sería

menos cierto su sola negativa, con la que impedía se hubiese consumado el matrimonio, siendo la condición primera y esencial de éste, la obediencia de la esposa. Y por último, á consecuencia de un cuarto escrito, el del relator, en que este discutía y analizaba los tres anteriores, la congregación votó acordando la anulación del matrimonio, pero tan solo por un voto de mayoría, solución tan precaria que, sin esperar, y haciendo uso de su derecho, monseñor Palma, se apresuró á pedir un suplemento de información, lo que ponía en tela de juicio todo lo actuado hasta entonces, y hacía necesaria una nueva votación.

—¡Ah! ¡Pobre *contessina* mía!—exclamó Victorina. —Se morirá de pena, porque esa querida niña se abraza á fuego lento bajo su aparente tranquilidad... Parece que ese monseñor Palma es el amo de la situación, y que puede hacer durar el pleito cuanto se le antoje. Con eso habrá que gastar mucho dinero además del que se consumió ya. Al abate Pisoni, al que ahora ya conocéis, se le ocurrió una buena idea el día que pensó en este casamiento, y no es para hablar mal de la memoria de mi buena ama, la condesa Ernesta, que era una santa, pero hizo con seguridad la desdicha de su hija cuando la entregó al conde Prada.

Interrumpióse, y después, dejándose llevar por el espíritu de justicia innato en ella, añadió:

—Y la verdad es que el conde Prada tiene razón al no estar contento... Por todas partes se burlan de él... Pues bien, sabed que eso, no me impide decir que mi Benedetta se anda con demasiados remilgos. Si eso solo dependiese de mí, esta misma noche tendría á su Darío en su cuarto, puesto que le tiene tanto cariño, que se aman desde hace tanto tiempo y se quieren tanto...

¡Sí, á fe mía! ¡Sin cura y sin alcalde! Nada más que por la alegría de ser jóvenes, hermosos y gozar juntos de la dicha. ¡La dicha, Dios mío, la dicha que es tan rara!

Y observando que Pedro la miraba con sorpresa, se hechó á reír con su risa sana, franca, con ese tranquilo equilibrio del pueblo bajo de Francia, que no cree apenas más que en una vida venturosa llevada honradamente.

Después de ésto, y de una manera más discreta, lamentó otro disgusto que tenían en la casa, una consecuencia más de ese malhadado pleito de divorcio. Había habido un choque entre *donna* Serafina y el abogado Morano, muy resentido á consecuencia del semi-fracaso que sufriera el escrito por él presentado á la Congregación, y acusaba al padre Lorenza, confesor de la tía y la sobrina, de haberlas aconsejado incoasen un pleito muy enojoso en que no habría más que escándalo para todos. Y no se volvió á presentar en el palacio Boccanera; aquella era la ruptura de unas relaciones de treinta años, de que se enteraron con asombro en todos los salones de Roma, que no aprobaban lo hecho por Morano. *Donna* Serafina estaba mucho más resentida, por que sospechaba que había buscado esa querrela y la abandonaba por una causa muy distinta, por un brusco deseo inconfesable, criminal en un hombre de su posición y de su piedad, por la pasión que le había inspirado y atizado en él, una burguesa joven, una intriganta.

Cuando Pedro, por la noche entró en aquel salón, tapizado de brocatel amarillo, con grandes flores estilo Luís XIV, se convenció de que, en efecto, reinaba allí una gran melancolía bajo la claridad más opaca de las

lámparas cuya luz velaban pantallas de encaje. No estaban allí más que Benedetta y Celia, sentadas en un sofá y hablando con Darío, mientras que el cardenal Sarno, embutido en el fondo de un sillón, escuchaba sin decir una palabra la charla inagotable de la parienta que todos los lunes acompañaba á la princesita. *Donna* Serafina estaba sola en su sitio acostumbrado, al lado derecho de la chimenea, dominada por la secreta rabia de ver que el sitio de la derecha, que durante treinta años de fidelidad ocupára Morano, estaba vacío. Y para Pedro, no pasó desapercibida la mirada, primero ansiosa y después desesperada, con que acogió su llegada, pues acechaba la puerta esperando aún sin duda al fugitivo. Por otra parte, permanecía muy derecha y orgullosa con su talle fino, más apretado que nunca dentro del corsé, con su faz dura de solterona, su cabello blanco como la nieve y las cejas muy negras.

Después de presentarla sus respetos, manifestó Pedro su inquietud preguntando si no habían visto á monseñor Nani aquella noche, á lo que *donna* Serafina se apresuró á contestar:

—¡Oh! ¡Monseñor Nani nos abandona como los demás! Cuando se necesita á las personas es cuando éstas desaparecen.

Guardaba cierto rencor al prelado porque había recomendado poco eficazmente el asunto del divorcio después de haber prometido mucho. Sin duda, como sucedía siempre, bajo su aparente y extremada benevolencia llena de caricias, se ocultaba algún otro proyecto propio suyo. Pronto, sin embargo, la pesó la confesión que la cólera la arrancára, y añadió:

—Tal vez venga ¡es tan bueno y nos quiere tanto! Apesar de la vivacidad de su sangre quería ser polí-

tica para vencer á la adversidad. Su hermano, el cardenal, la había manifestado cuanto le irritado la actitud de la Congregación del Concilio, porque no dudaba que la fría acogida que obtuvo la demanda de su sobrina se debiese en parte al deseo que tenían algunos cardenales, colegas suyos, de hacer algo que le fuese desagradable. Deseaba también el divorcio, único medio de perpetuar la continuación de la raza, puesto que Darío se mostraba muy reacio á casarse con otra que no fuese su prima. Y aquello era un concurso de desastres, toda la familia herida, él lastimado en su orgullo, su hermana compartiendo ese sufrimiento y ofendida además de rechazo en su corazón y los dos enamorados desesperados al ver que tenían que aplazar una vez más sus esperanzas.

Al acercarse Pedro al sofá, en que sentados hablaban los jóvenes, oyó que se ocupaban en voz baja de la catástrofe,

—¿A qué desalentaros?—decía Celia.—En resúmen; la anulación del matrimonio está acordada aunque sólo sea por un voto de mayoría... El pleito está aplazado; esto no es más que un retraso.

Pero Benedetta meneó la cabeza.

—¡No! ¡no! Si monseñor Palma se empeña, Su Santidad no dará nunca su aprobación. Esto ha terminado.

—¡Ah! ¡Si fuese rico, muy rico!—murmuró Darío con un aire de convencimiento que no hizo sonreír á nadie.

En voz baja y encarándose con su prima, dijo:

—Es preciso que te hable; no podemos vivir de esta manera.

Y ella respondió de la misma manera en voz tenue, como un soplo:

—Baja mañana á las cinco de la tarde. Estaré sola aquí.

La velada se eternizó enseguida. A Pedro le conmovió sobremanera el aspecto de abatimiento que tenía Benedetta, tan tranquila y razonable de costumbre. Sus ojos profundos, en su rostro puro, y de una delicadeza de niña, estaban como turbados por las lágrimas. Experimentaba ya por ella verdadera ternura al verla siempre con un humor tan igual, un poco indolente, ocultando bajo aquella apariencia de gran prudencia, la pasión de su alma de fuego. Trataba sin embargo de sonreír, escuchando las alegres confidencias de Celia, cuyos amores marchaban mejor que los suyos. No hubo más que un momento de conversación general, cuando la anciana parienta de la princesita, levantando la voz, habló de la actitud indigna de la prensa italiana para con el Santo Padre. Nunca, al parecer, habían sido tan malas las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal. El cardenal Sarno, tan mudo por lo general, anunció que, con motivo de las sacrílegas fiestas del 20 de Septiembre celebrando la toma de Roma, el papa pensaba escribir una carta-protesta dirigida á todos los Estados cristianos, cómplices del hecho por su indiferencia.

—¡Intentar unir al papa y al rey!—exclamó *donna Serafina* con acento amargo, haciendo alusión al deplorable casamiento de su sobrina.

Parecía fuera de sí; era muy tarde ya y no esperaban ni á monseñor Nani ni á nadie más. Oyóse no obstante inesperado ruido de pasos; ilumináronse los ojos de la solterona que miró con ansia ardiente hacia la puerta, y experimentó la última decepción al ver entrar á Narciso Habert que se acercó á ella para rogarla le

dispensase su tardía visita. Su tío por alianza, el cardenal Sarno, le había presentado en aquel salón tan poco concurrido, en el que era bien recibido á causa de sus ideas religiosas que se decía eran intransigentes. Aquella noche, á pesar de lo avanzado de la hora, no había ido más que para hablar á Pedro al que tardó muy poco en llevarse á un lado.

—Estaba seguro de encontraros aquí,—dijo.—Hace poco he podido ver á mi primo, á monseñor Gamba del Zoppo, y tengo que daros una buena noticia... Mañana por la mañana nos recibirá á eso de las once en las habitaciones que ocupa en el Vaticano.

Y bajando aún más la voz, añadió:

—Creo que hará lo posible para que veais al Santo Padre... En fin, me parece cosa segura lo de la Audiencia.

Tuvo una alegría muy grande Pedro al oír hablar de esa certidumbre que le llegaba en medio de la tristeza del salón en el que, desde hacía dos horas se apenaba y casi se entregaba á la desesperación.

¡Al cabo iba á obtener una solución! Después de estrechar la mano á Darío, saludó Narciso á Benedetta y á Celia y se acercó á su tío el cardenal que, al verse libre de la anciana parienta de Celia, se decidía á hablar, pero se limitó á hacerlo ocupándose de su salud, del tiempo que hacía, de las anécdotas insignificantes que le habían contado sin aventurar jamás ni una sola palabra acerca de los mil asuntos interesantes y complicados de que se ocupaba en la Propaganda. Era fuera de su despacho de viejo burocrata en donde descansaba del cuidado de gobernar la tierra, y lo hacía aparentando medianía y deseos de pasar desapercibido. Todo el mundo se puso en pie y se despidió.

—No os olvideis—dijo Narciso á Pedro,—de que mañana á las diez me encontraréis en la capilla Sixtina. Y mientras llega la hora de la cita me entretendré en enseñaros los Boticelli.

A las nueve y media del siguiente día, Pedro que había hecho á pié la caminata, se encontraba en la vasta plaza y antes de dirigirse hácia la izquierda, hácia la puerta de bronce en el ángulo de la columnata, levantó la cabeza y se detuvo algunos minutos para contemplar el Vaticano. Nada le pareció tan poco monumental como aquél amontonamiento de construcciones crecidas á la sombra de la cúpula de San Pedro, sin orden arquitectónico alguno, ni regularidad de ninguna clase. Los techos se sobreponían, las fachadas se extendían largas y planas al capricho de las alas añadidas ó aumentadas de piso. Los tres lados del patio de San Dámaso, simétricos, eran los únicos que aparecían por cima de la columnata, con los grandes cristales de colores de las antiguas lógias, cerradas hoy día, que los hacían semejar á tres inmensos cuerpos de un invernadero, brillando al sol con el tono rojizo de la piedra. Allí estaba el más hermoso palacio de la tierra, el más vasto, con sus once mil salas (1) y el que contiene las más admirables obras maestras del genio humano! En su desilusión Pedro no se interesó más

(1) Bonanni en su *Templi Vaticani Historia*, pretende que el Vaticano contiene, comprendiendo los subterráneos, trece mil habitaciones. Es el Capitolio de la Roma moderna y más bien que un palacio es una reunión de ellos, y de edificios irregulares en los cuales trabajaron los arquitectos más célebres como Bouronnati, Ligorio, Fontana, Bernin y otros. Tiene tres pisos, encierra infinidad de salas, galerías, capillas, corredores, una biblioteca, un museo inmenso, un jardín. Tiene ocho patios, ocho escaleras de honor y doscientas de servicio. Lo que falta á todo ese conjunto es una fachada regular, pues por el lado en que tiene la entrada lo oculta la columnata de San Pedro.—(N. del T.)

que por la fachada de la derecha, que da sobre la plaza y en la que sabía se hallaban las ventanas de las habitaciones particulares del papa en las del segundo piso. Contempló largo rato aquellas ventanas de las que le habían dicho que la quinta de la derecha era la del dormitorio y en la que, hasta hora muy avanzada de la noche se veía arder una lámpara.

¿Qué había tras aquella puerta de bronce que veía allí, delante de él y que era el dintel sagrado, la comunicación entre todos los reinos de la tierra y el reino de Dios, cuyo augusto representante estaba encerrado tras aquellas mudas y elevadas murallas? Las examinaba de lejos, con sus cuarterones de metal adornados con gruesos clavos de cuadrada cabeza y se preguntaba que era lo que defendían, lo que ocultaban, lo que muraba con su aspecto rudo de antigua puerta de fortaleza. ¿Qué mundo iba á encontrar detrás? ¿Qué tesoro de caridad humana conservado celosamente entre la sombra? ¿Qué esperanza de resurrección para los pueblos nuevos, ávidos de fraternidad y de justicia? Le complacía aquel ensueño; el pastor único y sagrado velando en el fondo de aquel palacio cerrado, preparando el reinado de Jesús, mientras que se desplomaban las viejas podridas civilizaciones y en vísperas, al fin, de proclamar ese reinado formando con nuestras democracias la gran comunidad cristiana que el Salvador había prometido. Era el porvenir lo que se elaboraba tras aquella puerta de bronce, y el porvenir lo que de allí saldría.

Pedro experimentó de pronto la brusca sorpresa de encontrarse cara á cara con monseñor Nani que, precisamente en aquel instante salía del Vaticano, para dirigirse á pie á dos pasos de allí, al palacio del Santo

Oficio, en el que, por su calidad de asesor, tenía habitación.

¡Ah! ¡Que dichoso soy monseñor! Mi amigo, el señor Habert, me va á presentar á su primo, á monseñor Gamba de Zoppo y creo que por fin voy á obtener esa audiencia por mí tan deseada.

Con aire amable y fino, sonreíase monseñor Nani. —Sí, si, ya lo sé,—dijo.

Se contuvo y añadió:

—Estoy tan satisfecho como vos, hijo mío, y únicamente os recomiendo que seais prudente.

Temiendo empero, que su confesión no hubiese hecho comprender al presbítero que salía de ver á monseñor Gamba del Zoppo, al prelado más fácil de asustar de toda la discreta familia pontifical, contó que desde por la mañana andaba haciendo diligencias en obsequio de dos señoras francesas que también deseaba ver al papa, y que tenía grandes temores de no conseguirlo.

—Os confesaré, monseñor, que empezaba á desalentarme; si ya era tiempo de que repusiese un poco mi ánimo decaído, porque mi permanencia aquí no es la más apropiado para que mi alma recobre la tranquilidad.

Continuó y dejó traslucir cuanto acababa Roma de quebrantar su fé. De aquellos días, el que pasara en el Palatino y en la vía Appia, después el que pasó en las Catacumbas y San Pedro, no habían sido buenos más que para echar á perder su sueño de un cristianismo rejuvenecido y triunfante. Salía de esos lugares dominado por la duda, invadido por un principio de cansancio, habiendo perdido algo de su entusiasmo siempre pronto á la rebelión.

Sin dejar de sonreír, escuchóle monseñor Nani, aprobando con ligeros movimientos de cabeza. Evidentemente aquello estaba muy bien y las cosas debían suceder de esa manera. Parecía que lo había previsto todo y que estaba satisfecho.

—En fin, hijo mío, que todo marcha bien desde el momento en que tenéis la seguridad de ver al Santo Padre.

—Es verdad, monseñor, y puse mi única esperanza en el muy justo y clarividente León XIII. Solo él puede juzgarme, pues en mi libro él solo reconocerá su pensamiento, que, con mucha fidelidad creo haber reproducido. ¡Ah! ¡Si quiere, en nombre de Jesús, con la democracia y con la ciencia salvará el mundo antiguo!

El entusiasmo se apoderaba otra vez de él y Nani, cada vez más afable con su mirada penetrante y sus delgados labios, aprobó de nuevo.

—Eso está muy bien, hijo mío, ya hablaréis y veréis.

Luego, y en el momento en que ambos levantaban la cabeza para mirar hacia el Vaticano, llevó su amabilidad hasta desengañarle. No, la ventana en que todas las noches veían la luz, no era la de la del dormitorio del papa, era sí, la de un descansillo de la escalera que estaba iluminada toda la noche con gas. La ventana del papa estaba más allá, había dos entremedio. Volviéronse á quedar silenciosos y siguieron contemplando la fachada, muy graves el uno y el otro.

—Pues bien, hasta la vista, hijo mío, me contaréis lo que resulte de vuestra entrevista ¿no es verdad?

En cuanto Pedro se quedó solo, franqueó la puerta de bronce, dándole tan fuertes latidos el corazón, como si entrase en el lugar sagrado y temible, en donde se

elaboraba la dicha futura. Había allí un cuerpo de guardia y un suizo hacía centinela, paseando lentamente, envuelto en un abrigo gris azul, que dejaba únicamente al descubierto solo una parte pequeña de las calzas rayadas de negro, rojo y amarillo. Y parecía que habían arrojado aquel abrigo sobre un disfraz para disimular lo extraño del traje que se había hecho molesto. Enseguida empezaba la escalera cubierta que conduce al patio de San Dámaso; pero para ir antes á la Capilla Sixtina se necesitaba seguir la larga galería entre doble hilera de columnas y subir la escalera Real. Y Pedro, en aquel mundo gigante, en el que se exageraban todas las dimensiones con aplastante majestad, respiraba con esfuerzo al subir los anchos escalones.

Cuando entró en la Capilla Sixtina, experimentó al principio una sorpresa. Le pareció pequeña, una especie de sala rectangular, muy elevada, con su fina balaustrada de mármol que la divide en los dos tercios, señalando la parte que han de ocupar los invitados en los días de gran ceremonia, y el coro, en el que los cardenales se sientan en sencillos bancos de encina, mientras que los prelados permanecen en pié y detrás de aquéllos. El trono pontifical, colocado sobre un estrado bajo, está á la derecha y es de sóbria riqueza. En la izquierda se abre la estrecha *Loggia*, con balcón de mármol, destinada á los cantores. Y es preciso levantar la cabeza, es necesario que las miradas suban desde el inmenso fresco del Juicio Final, que llena por completo la pared del fondo, y contemplar las pinturas de la bóveda que bajan hasta la cornisa, entre las doce ventanas claras, seis de cada lado, para que se vea que, bruscamente todo se agranda, se separa y vuela en pleno infinito.

No había allí afortunadamente más que unos cuantos viajeros curiosos que metían poca algazara y Pedro pudo ver en seguida á Narciso Habert, en uno de los bancos de los cardenales, encima del escalón en que se sientan los caudatarios. El joven, inmóvil, y con la cabeza echada atrás, parecía hallarse en éxtasis. Pero no era la obra de Miguel Angel la que contemplaba, si no que no separaba la vista de uno de los frescos de debajo de la cornisa y anterior á los otros, y cuando reconoció al presbítero se limitó á murmurar sin mover los ojos.

—¡Oh! ¡Ved, amigo mío, á Boticelli!

Y de nuevo volvió á caer en su embeleso.

Pedro, recibiendo un gran golpe en pleno cerebro y en pleno corazón, se sintió dominado de pronto por el génio sobrehumano de Miguel Angel. El resto desapareció y para él no hubo más que allá arriba que como un cielo ilimitado y aquella extraordinaria creación del arte.

Lo inesperado al principio, lo que le asombró más fué que el pintor había aceptado la condición de ser el único artesano de su obra en que no le ayudaron ni marmolistas, bronceistas, ni doradores, ni oficial alguno de ningún oficio. El pintor con su pincel, se bastó para las pilastras, las columnas, las cornisas de mármol, para las estatuas y adornos de bronce, para los florones y rosetones de oro para toda aquella riqueza de ornamentación que servía de marco á los frescos. Y Pedro se imaginó la bóveda tal como se la entregaran un día al pintor, desnuda sin que hubiese más que blanco yeso en las paredes y en el techo y centenares de metros que pintar. Y le veía ante aquella página inmensa, no queriendo ayuda ninguna, echando de allí á los curiosos,

encerrándose á solas con su gigantesca tarea, entregándose á ella celoso, violentamente pasando cuatro años y medio en una soledad esquiva con su pasto diario de coloso. ¡Ah! ¡Esa obra enorme, hecha para llenar una vida, esa obra que debió empezar con tranquila confianza en su voluntad y en su fuerza, todo un mundo sacado de su cerebro y arrojado allí con el empuje continuo de la virilidad creadora y en pleno florecimiento de toda su omnipotencia!

Enseguida experimentó Pedro un sobrecogimiento cuando empezó el examen de aquella humanidad agrandada por el visionario, desbordándose en páginas de desmesurada síntesis, de ciclópeo simbolismo. Y semejantes á florecencias naturales resplandecían todas las bellezas, la gracia y la nobleza real, la paz y la dominación soberanas. Y la ciencia perfecta; los escorzos más violentos intentados con la certidumbre del éxito y la perpétua victoria técnica sobre las dificultades que las superficies curvas presentaban. Y sobre todo una ingenuidad increíble de medios; la materia reducida casi á nada, algunos colores empleados con largueza sin ningún efecto rebuscado de destreza ni de esplendor y esto bastaba y la sangre clamaba con ardor, los músculos se marcaban bajo la piel, las figuras se animaban y salían del cuadro con un arranque tan enérgico que una llama pasaba por allá arriba dando á aquel pueblo una vida sobrehumana, inmortal. La vida, ésta; la vida era lo que allí resplandecía, triunfaba, una vida enorme y pululante; un milagro de vida realizado por una mano única, que llevaba en sí el supremo don, la sencillez en la fuerza.

Que han visto una filosofía; que hayan querido encontrar todo el destino, la creación del mundo, del

hombre y de la mujer, la falta, el castigo, después la redención y en fin la justicia de Dios en el último día del mundo; no bastaba para que Pedro se detuviese, para que lo recordase en esa primera visita, dominado por el estupor maravilloso que le produjo semejante obra de arte. ¡Qué exaltación del cuerpo humano, de su belleza, de su poderío y de su gracia! ¡Ah! ¡Qué Jehová, viejo, de aspecto régio, terrible y paternal, arrastrado por el huracán de su creación, los brazos extendidos y creando mundos! ¡Que Adán más soberbio, de líneas tan nobles y con la mano extendida al que Jehová anima con el dedo, pero sin tocarle, gesto admirable espacio sagrado entre ese dedo del Creador, y el de la criatura, pequeño espacio en el que se encierra el infinito de lo invisible y del misterio! ¡Y aquella Eva poderosa y adorable, aquella Eva de robustas caderas, capaces de encerrar la futura humanidad, con la gracia orgullosa y tierna de mujer que quiere ser amada hasta la perdición, mujer toda, en una palabra, con su fecundidad, seducción é imperio! Después sucedía lo mismo con las cuatro figuras decorativas que sentadas en las pilastras, en las cuatro esquinas de los friscos, celebraban el triunfo de la carne; los veinte jóvenes, dichosos al verse desnudos, con un esplendor de torso y de miembros incomparable, con una intensidad tal de vida, que los arrastra una locura de movimiento, los dobla y echa hacia atrás con soberbias actitudes. Y entre las ventanas eran los gigantes los que llamaban la atención, los Profetas y las Sibilas, el hombre y la mujer convertidos en dioses; desmesurados en la fuerza de su musculatura, y en la grandeza de la expresión intelectual; Jeremías, con el codo apoyado en la rodilla, la barba descansando en la mano y reflexionando en el

fondo mismo de la visión y del ensueño: La Sibyla de Erithrea, con un perfil tan puro, tan joven, con su opulencia, y un dedo sobre el libro abierto del destino; Isaías, con su boca enérgica, acostumbrada á la verdad, hinchada bajo el carbón ardiente, altanero, la cabeza medio vuelta y levantando una mano en señal de mando: la Sibyla de Cumas, aterradora, con su ciencia y su vejez, con su solidez de roca, su arrugado rostro, su nariz de ave de presa y su barba cuadrada que avanza y se obstina; Jonás, vomitado por la ballena, arrojado allí con un escorzo extraordinario, el torso retorcido, los brazos replegados, la cabeza inclinada, la boca abierta y voceando y los otros, todos los demás de la misma familia amplia y majestuosa, reinando con la soberanía de la eterna salud y de la eterna inteligencia, realizando el sueño de una humanidad indestructible, más alta, más fuerte. Aparte de esto en las cimbras de las ventanas, en los agujeros todos, figuras bellísimas con su fuerza y su gracia, naciendo, apresurándose y abundando; allí veíanse los antepasados de Cristo, las madres contemplando hermosísimos niños desnudos, los hombres fijando la mirada á lo lejos en el porvenir; la raza castigada, cansada, deseosa de la venida del Salvador prometido; mientras que en las conchas de los cuatro ángulos se evocaban vivientes escenas bíblicas, las victorias de Israel sobre el espíritu del mal. Y por último el colosal fresco del fondo, el del Juicio Final, con su pueblo hormigueando de figuras que son tantas y tan numerosas que se necesitan días y más días para verlas, una multitud trastornada, arrastrada por un ardiente soplo de vida desde los muertos, á los que despiertan las trompetas de los án-

geles del Apocalipsis, hasta á los repróbos á los que los demonios arrojan al infierno en racimos de seres aterrados; desde el Jesús Justiciero rodeado de apóstoles y de santos, hasta los elegidos, radiantes, que suben sostenidos por ángeles, mientras que más arriba, otros ángeles, llevando los emblemas de la Pasión, triunfan en plena gloria y, sin embargo, encima de esa página gigantesca, pintada treinta años más tarde que el techo, y cuando el artista estaba en toda la madurez de su edad, las pinturas conservan su mérito, su innegable superioridad, porque allí era donde el artista había hecho su esfuerzo virgen, y dejado con su juventud, la llama primera de su genio,

Pedro no encontró más que una frase para calificarlo; Miguel Angel era el mónstruo que lo dominaba y aplastaba todo. Y no había para que ver, bajo la inmensidad de su obra, las obras de Perugino, Pinturichio, Rosselli, Signorelli y Boticelli, los frescos anteriores y admirables que se extendían debajo de la cornisa, y al rededor de la capilla. Narciso no había levantado la cabeza hacia el esplendor glorioso de la bóveda; sumido en su éxtasis no separaba la vista de las pinturas de Boticelli que tiene allí tres frescos. Al fin se decidió á hablar y lo hizo con voz semejante á un murmullo.

—¡Ah! ¡Boticelli! ¡Boticelli! La elegancia y la gracia de la pasión que sufre! ¡El profundo sentimiento de la tristeza en la voluptuosidad! Nuestra alma moderna adivinada y revelada con el encanto más penetrante que haya salido jamás de una creación de artista!

Contéplóle Pedro con asombro, y luego volvió á preguntarle.

—¿Y venís aquí para contemplar los frescos de Boticelli?

—Sí, por cierto, —respondió, Narciso con mucha calma:—no vengo más que por él, durante algunas horas todas las semanas y no contemplo absolutamente nada más que sus obras; ¡Mirad! Fijaos en ese pasaje «Moisés y las hijas de Jethro. ¿No es eso lo más penetrante que han producido la ternura y la melancolía humanas?»

Y con un leve temblor devoto en la voz, continuó hablando con el tono del sacerdote que penetra en el estremecimiento delicioso é inquietante del Santuario. ¡Ah! ¡Boticelli! ¡Boticelli! ¡Las mujeres de Boticelli! Con su larga faz, sensual y á la par cándida, con un vientre un tanto pronunciado bajo los finos paños, con su manera de andar, alta, esbelta, volante y de la que participa todo el cuerpo. Los jóvenes y los ángeles de Boticelli tan reales, tan hermosos como mujeres, de un sexo equívoco, en la cual se mezcla la sabia solidez de los músculos á la infinita delicadeza de los contornos y todos empujados por la llama del deseo de la que se lleva la quemadura! ¡Ah! ¡Y las bocas de Boticelli, esas bocas carnales, duras como frutos, irónicas ó dolorosas, enigmáticas con sus pliegues sinuosos y sin que se pueda saber si ocultan purezas ó abominaciones! Los ojos de Boticelli, esos ojos de languidez, de pasión, de deliquio místico ó voluptuoso, llenos á veces de un dolor tan profundo en medio de su alegría, que no los hay en el mundo más insondables y abiertos sobre el vacío humano. ¡Las manos de Boticelli, esas manos tan trabajadas, tan cuidadas, y que tienen como una vida intensa, moviéndose en el aire libre, uniéndose las unas á las otras, besándose y hablándose con un cuidado tal de la gracia, que en algunas ocasiones aparecen amaneradas, pero cada una tiene su expresión, todas las

expresiones del goce y del sufrimiento de tocar. Y no obstante nada de afeminado ni de mentido, por todas partes una especie de fiereza viril, un movimiento apasionado, y soberbio alentado, empujando las figuras; unido todo á un gran cuidado de la verdad, al estudio directo, la conciencia, á un verdadero realismo que corrige y revela lo extrañamente genial del sentimiento del carácter, dando á la misma fealdad, la inolvidable transfiguración del encanto!

El asombro de Pedro fué en aumento y escuchaba á Narciso fijándose por la primera vez en su distinción un poco estudiada, en el cabello rizado, recortado á la florentina y en los ojos azules, casi oscuros, que palidecían con el entusiasmo.

—No hay duda,—dijo Pedro como conclusión—que Boticelli es un artista maravilloso... Sólo que me parece que aquí Miguel Angel...

Interrumpióle Narciso con un gesto casi violento.

—¡Ah! ¡No! ¡No me habéis de ese hombre que todo lo echó á perder, lo estropeó! Un hombre que se uncía al trabajo como un buey, que hacía el trabajo como un albañil á tantos metros por día! Y un hombre sin misterio, un desconocido, que gozaba esbozando la belleza, pintando cuerpos de hombres semejantes á troncos de árbol, mujeres semejantes á gigantescas leñadoras, masas estúpidas de carne sin más allá de almas divinas ó infernales... Un albañil, si quereis, sí, un albañil colosal ¡y nada más que eso!

Inconscientemente, en el ánimo de Narciso, en su cerebro á la moderna, cansado, complicado, echado á perder por el afán de buscar lo original y lo raro, estallaba el rencor fatal á la salud, á la fuerza, á la potencia. El enemigo era aquel Miguel Angel que engen-

draba sin esfuerzo, que había dejado la creación la más prodigiosa que artista alguno haya podido dar á luz. El crimen estaba en eso, en crear, en «hacer vida» pero de una manera tal, que las pequeñas creaciones de los demás, hasta las más deliciosas, se anegaban, desaparecían arrastradas por esa ola desbordante de seres á los que arrojaba llenos de vida bajo el sol.

—A fe mía, que no soy de vuestra opinión,—dijo animosamente Pedro,—pues acabo de comprender que en arte, la vida es todo y que la inmortalidad no es en realidad más que de las criaturas. El caso de Miguel Angel me parece decisivo, porque no es más que el maestro sebrehumano, el monstruo que aplasta á los demás, gracias á esa extraordinaria creación de carne viviente y magnífica con la que se lastima vuestra delicadeza. Comprendo que los curiosos, ciertos espíritus y los intelectuales penetrantes, busquen un refinamiento sobre el equívoco y lo invisible, que ponen en la salsa del arte entre la elección del rasgo precioso y en semioscuridad del símbolo. Apesar de todo eso Miguel Angel sigue siendo el Todopoderoso, el Hacedor de hombres, el Maestro de la claridad, de la sencillez y de la salud, tan eternas como la misma vida!

Contentóse entonces Narciso con sonreír con un aire de desdén indulgente y cortés. Todo el mundo no iba á pasar horas enteras á la Capilla Sixtina para sentarse ante un fresco de Boticelli, sin levantar nunca la cabeza para contemplar los de Miguel Angel. Y cortó la conversación diciendo:

—Ya son las once; mi primo había quedado en mandarme recado aquí en cuanto pudiese recibírnos, y me choca no haber visto aún á nadie, ¿Queréis que mientras tanto subamos á las salas de Rafael?

Y una vez en esas salas se mostró correcto, muy lúcido y apreciando con mucha justicia las obras, recordando toda su clara inteligencia desde que no se excitaba con su horror á las dimensiones colosales y á las genialidades del pintor.

Desgraciadamente para Pedro salía de la Capilla Sixtina y habíale sido necesario escapar á la presión del monstruo, olvidar lo que acababa de ver, habituarse á lo que veía allí para paladear toda aquella belleza pura. Sucedíale lo mismo que si al principio hubiese bebido un vino demasiado fuerte que le aturdió y que le impedía saborear á continuación ese otro vino más ligero y de delicado aroma. En esas salas la admiración no deslumbra como el relámpago; pero en cambio el encanto opérase de una manera lenta é irresistible. Es Racine al lado de Corneille, Lamartine al de Victor Hugo; la eterna pareja, la unión del macho y de la hembra en los siglos de gloria. Con Rafael triunfan la nobleza, la gracia, la línea exquisita y correcta de una armonía divina y no es tan sólo el símbolo material tan soberbiamente arrojado por Miguel Angel, sino que es un análisis fisiológico de una profunda penetración llevado á la pintura. El hombre está más depurado, más idealizado; visto ante todo por dentro. Y no obstante si hay allí un sentimentalismo, un femenino, del que se siente el estremecimiento de ternura, es también de una solidez de factura admirable, muy grande y fuerte. Pedro íbase poco á poco abandonando á esa soberana maestría conquistándole la elegancia viril del gallardo pintor; conmovíale también hasta el fondo del corazón esa visión de la suprema belleza en la perfección suprema; pero si la *Disputa del Santo Sacramento* y la *Escuela de Atenas*, anteriores á las pinturas de la

Capilla Sixtina le parecieron las obras maestras de Rafael, se figuró que en el *Incendio de Bourg* y más aún en *Heliodoro arrojado del templo* y en *Atila detenido á las puertas de Roma*, el artista había perdido la flor de su gracia divina impresionado por la aplastante grandeza de Miguel Angel. ¡Qué abatimiento cuando se abrió la Capilla Sixtina y los rivales penetraron en ella! El monstruo había procreado abajo y el más grande entre los humanos, dejó allí un alma sin que ya jamás pudiese librarse de la influencia sufrida.

Después acompañó Narciso á Pedro á las *logias*, á esa galería de cristales tan clara y de un decorado tan delicioso. Rafael había muerto y en los cartones que dejó no se veía más que un trabajo de discípulos. Era una caída brusca, total. Nunca comprendió Pedro tan perfectamente que el genio lo es todo y que cuando desaparece, la escuela se hunde. El hombre de genio resume una época, produce, en una hora dada de la civilización, toda la savia del suelo social que queda enseguida agotado y á veces por siglos. Y se interesó mucho más con la vista admirable que se disfruta desde las *logias*, cuando observó que tenía enfrente de él, y al otro lado del patio de San Dámaso, el piso habitado por el papa. Abajo, el patio, con su pórtico, su fuente, su blanco pavimento, que estaba claro y desnudo bajo el sol ardiente. Aquello decididamente no tenía nada de la sombra, del misterio discreto y religioso que los alrededores de las catedrales del Norte le hicieran soñar. A derecha é izquierda de una escalinata que conducía á las habitaciones del papa y á las del cardenal secretario, veíanse alineados cinco coches, los cocheros erguidos, tiesos en sus pescantes, los caballos inmóviles en medio de aquella luz tan viva. Y ni un alma poblaba

el desierto del vasto patio cuadrado, con tres pisos con galerías de cristales como inmensos invernaderos; el brillo de los cristales, el rojo tono de la piedra parecía como que doraban la desnudez del pavimento y de las fachadas con una especie de grave majestad de templo pagano, consagrado al dios del sol. Lo que llamó más la atención á Pedro, fué el magnífico panorama de Roma que desde allí se disfrutaba y que se desarrolla bajo esas ventanas del Vaticano. No había creído siquiera que aquello debía ser así y de pronto sobrecogióle el pensamiento de que el papa, desde sus ventanas veía de ese modo á Roma completa, extendida delante de él, amontonada allí como si no tuviese que hacer más que alargar la mano para volverla á tener. Y se llenó los ojos y el corazón con aquel espectáculo inaudito, porque quería llevárselo, guardarlo todo él, estremecido por el sin fin de ensueños que evocaba.

Distrájole de su contemplación un rumor de voces que le hizo volver la cabeza y vió á un criado de librea negra que, después de haber dado un recado á Narciso Habert, le saludaba con mucho respeto.

El agregado se acercó al presbítero con aire de visible contrariedad.

—Mi primo, monseñor Gamba del Zoppo, me manda un recado diciéndome que no puede recibir esta mañana. A lo que parece, se lo impide el tener que prestar un servicio inesperado.

Su embarazo, al decirlo, revelaba que no creía mucho en aquella excusa y que empezaba á sospechar que su pariente tenía miedo de comprometerse, advertido y aterrado por algún alma caritativa. Esto le indignó por otra parte, pues era servicial y demasiado animoso. Al cabo se sonrió, añadiendo:

—Escuchadme, hay un medio de forzar las puertas. Si es que podéis disponer de la tarde, almorzaremos juntos y después volveremos á visitar el Museo de Antigüedades y al fin conseguiré reunirme con mi primo sin contar con la venturosa eventualidad que tenemos de encontrarnos al papa en persona, si es que baja á los jardines.

Al principio y al oír hablar de aquel nuevo entorpecimiento á su audiencia, experimentó Pedro la más viva decepción. Por esto y pudiendo además disponer libremente de la tarde, aceptó la oferta de Narciso.

—Sois muy amable y temo mucho abusar... os doy un millón de gracias.

Almorzaron frente mismo á San Pedro, en un modesto restaurant del Borgo, que contaba entre su parroquia á la mayoría de los peregrinos y en donde, por cierto, se comía muy mal. Después, á eso de las dos, dieron la vuelta á la basílica por la plaza de la Sacristía y por la plaza de Santa Marta, para ir desde allí, por la parte de atrás, á buscar la entrada del Museo. Era un barrio claro, desierto y caluroso, en el que el joven presbítero encontró otra vez, pero duplicada, la sensación de majestad desnuda y rojiza, como recocida al sol que hallára al visitar el palacio de San Dámaso; pero sobre todo, cuando dió la vuelta al ábside gigantesco del coloso, comprendió mucho más su enormidad; una porción de arquitecturas, una florescencia de ellas puestas en montón que bordean los espacios vacíos del pavimento en el que crece una hierba menuda, fina. En aquella muda inmensidad no había más que dos niños que jugaban á la sombra de una pared. La antigua casa de moneda de los papas, la *Zecca*, á la sazón italiana y custodiada por soldados del rey, encuén-